

Mi abuelo: Tomás Rodríguez Martín

Estela Mabel Acosta

INTRODUCCIÓN

Escribir la historia de mi abuelo, a quien no llegué a conocer, significa para mí encontrarme con un pedazo de mi historia personal y familiar, que comenzó, justamente, con mis abuelos españoles, en otro país, en otro paisaje, en los albores de un siglo signado por tremendas guerras, conflictos y situaciones de pobreza que destrozaron muchas familias en todo el mundo.

Soñé tantas veces con ese abuelo cuyo rostro sólo conocí a través de alguna vieja fotografía color sepia e imaginé, tantas otras, cómo hubiera sido mi relación con él, qué cosas hubiéramos hablado, qué historias me hubiera contado de su vida que, según mi madre, fue realmente difícil para él. ¡Tantas cosas!...

¡Es tan... raro, tan feo, no tener recuerdos propios de las personas de las cuales uno lleva su sangre! Sin embargo, uno aprende a amarlos a través del recuerdo de los que sí compartieron su vida. Y yo aprendí a querer a mi abuelo con la misma intensidad con que estoy segura, lo hubiera querido si lo hubiera conocido, si hubiera tenido la oportunidad de compartir parte de su vida. Por ello, escribir su historia, me llevó a “conocerlo” un poco más, a amarlo mucho más. Su vida fue sencilla, con más dolores que alegrías, pero siento que fue el comienzo de mi propia vida. En estas pocas páginas, tal vez no muy bien escritas, mi abuelo, Tomás Rodríguez Martín, vuelve a vivir para encontrarse conmigo.

SU HISTORIA COMENZÓ EN SANDO

Tomás Rodríguez Martín nació en Sando, provincia de Salamanca, España, el día 28 de agosto de mil novecientos cuatro. Sus padres fueron, José Rodríguez y María Dolores Martín. Era nieto por línea paterna de Julián Rodríguez y de Isabel Carreño y, por línea materna, de Felipe Martín y de Tomasa de Tapia. Vivió en aquel pueblo salmantino, junto a su familia hasta los cuatro años de edad. Mi madre, María Dolores Rodríguez, su hija mayor, me contó que él siempre recordaba de su niñez en Sando, un río. Solía volver a su memoria con frecuencia esa imagen del río donde iba a jugar con sus hermanos y vecinos y el rostro de una de sus abuelas bañado en lágrimas (que con el tiempo supo que era porque ellos se venían para la Argentina).

Sus padres se dedicaban a trabajar la tierra y poseían algunos animales (vacas y ovejas). No vivían mal, pero tomaron la decisión de venirse a la Argentina cuando una enfermedad, que no puedo precisar cuál fue, se llevó a varios de sus hermanitos. Mi madre me contó que su abuela siempre hablaba de la “peste”, refiriéndose a esa enfermedad, que yo pienso que tal vez, haya sido la “fiebre amarilla”, por la época en que se manifestó.

La familia no pudo soportar tanta tristeza y desolación y decidió venirse para la Argentina, junto con otras familias de Sando y de Cubo de Don Sancho que, según tengo entendido, son dos poblaciones cercanas. Vendieron todas sus pertenencias y compraron un campo de setenta y cinco hectáreas, cercanas al pueblo de José María Blanco (hoy Tres



Tomás Rodríguez y Rosa Feito Arias en el año 1928.

Lomas), perteneciente al partido de Pellegrini, en el oeste de la provincia de Buenos Aires. Al otro lado del océano quedaron un puñado de recuerdos, muchos dolores, una Europa con un clima socio-político enrarecido y un paisaje de manos con pañuelos en alto, grabado en las pupilas dilatadas por las lágrimas.

ARGENTINA, LA NUEVA PATRIA

La familia, formada por los padres, José y María Dolores, y los tres hijos que les había quedado, Manuel Francisco, Tomás y Josefa, se instalaron en el casco urbano del pueblo José María Blanco, donde compraron varios terrenos y se hicieron un ranchito. El padre trabajó de albañil, durante algún tiempo y luego, compró un campito cercano al mismo pueblo, en el oeste medanoso¹ de la provincia de Buenos Aires.

Tampoco, aquí, la vida era fácil para la familia. Trabajar el campo era una dura tarea y todo se tenía que hacer a fuerza de sacrificios y privaciones. Los hijos eran pequeños y el matrimonio debió trabajar solo la mayor parte del tiempo, pero aún así, fueron prosperando económicamente. Tanto es así que, si bien en aquellos tiempos no había escuelas primarias en la zona, sus tres hijos pudieron ir, como lo hacían los hijos de las familias más acomodadas de la época, a la escuela privada de un maestro que se había instalado en el pueblo.

Mi abuelo Tomás, fue un alumno brillante, aprendía con rapidez y se destacaba de entre el resto de los alumnos. Hizo hasta el quinto grado, que era lo máximo que se podía hacer en los primeros años del siglo XX (1912-1916), pero tenía el suficiente conocimiento como para llevar el control de la actividad de la familia junto con su hermano mayor.

No obstante, sobre los catorce o quince años, mi abuelo ya empezaba a mostrar su faceta rebelde y empezaba a enfrentarse con sus padres por cosas cotidianas. En el año 1919, su padre enferma y fallece al poco tiempo, teniendo, entonces, que ponerse a trabajar de lleno el campo junto a su hermano Francisco, diez años mayor que él. Las diferencias de carácter y de puntos de vista fueron generando conflictos entre los dos hermanos y debilitaban la armonía de la familia.

Mi abuelo era muy trabajador y muy inteligente, pero para el gusto de su madre y su hermano mayor era muy salidor (*sic*) y derrochaba fácilmente el dinero, que con tanto sacrificio ganaba. Tenía un grupo de amigos, también nacidos en Sando, que congeniaban perfectamente con él y solían salir de juerga muy seguido, cosa que no era habitual en su familia.

La vida transcurrió, entre discusiones y trabajo constante, hasta que mi abuelo conoce en el pueblo a Rosa Feito Arias, una asturiana jovencita que había llegado sola a la Argentina en 1924, cuando contaba con sólo quince años de edad. Ella vivía en la casa de un tío y trabajaba como mucama en la casa de unos paisanos suyos.

¹ Arenoso (N.E.)

Al enterarse la madre de mi abuelo de su noviazgo con Rosa las relaciones se ponen aún más tirantes, dado que éste despreciaba la “esposa ideal” que su familia le había presentado, en la esperanza de que se casara y “sentara cabeza” de una vez. Por otro lado, Rosa no era de su misma condición social, ya que provenía de una pobrísima familia de una aldea de España (La Llamera, Somiedo), y había venido a “Hacerse la América”.

Mi abuelo, una vez más, queda enfrentado a su familia y entonces decide pedir la parte de la herencia que le correspondía. Fue la gota que derramó el vaso. Su familia le dio todo lo que le correspondía, pero literalmente lo echó de su seno. Su madre le reprochó que todo lo hacía para contradecirlos a ellos y casarse con Rosa: *si te casas con Rosa, no seré más tu madre*, le sentenció, la última vez que habló con él, esperando que recapacitara. Y su respuesta fue lapidaria: *Yo no me casaré con Rosa nunca, pero para mí usted no es más mi madre*. Y lo cumplió, no se casó nunca con mi abuela Rosa, vivieron juntos hasta que falleció ella, pero nunca se casaron. Pero tampoco volvió a ver a su madre y a su hermano. Sí a su hermana menor, Josefa.

LA FAMILIA PROPIA

Separado de su familia paterna, mi abuelo decide fundar la propia. Con el dinero y algunos animales (vacas, ovejas y un caballo), que obtuviera como parte de la herencia que le otorgaran su madre y sus hermanos, alquila unas pocas hectáreas de campo pertenecientes a la familia Marconi, terratenientes de aquella época, (1928), que explotaban a los “chacareros chicos” que, querían trabajar las tierras en busca de un mejor pasar. Allí levanta un rancho con sus propias manos y se va a vivir con Rosa Feito Arias, quien trabajó a la par suyo para sustentar la nueva familia. En ese lugar, estuvieron casi cuatro años, hasta 1932. Dos años antes, el 21 de febrero de 1930, nació el primero de doce hijos: mi madre, María Dolores Rodríguez.

Fueron años muy duros: la “crisis del 29” que asoló los Estados Unidos y como consecuencia, al resto del mundo, afectó de manera particular al campo argentino y, de manera muy especial, a los pequeños arrendatarios de tierras.

Mi abuelo, abrumado por la pobreza y la desazón, comenzó a emborracharse como nunca lo había hecho. Se dio cuenta que su madre y su hermano mayor habían tenido razón cuando le decían que estaba equivocado al irse a trabajar por su cuenta, en campo ajeno, pero era demasiado tozudo como para aceptar su error.

En uno de esos días en que venía al pueblo a hacer las compras, se encontró con uno de sus amigos inmigrantes, un mallorquín de apellido Lladó

que tenía una chacra² en lo que, luego fuera la “Colonia Moreno”, cerca de la localidad de Ingeniero Thompson (las colonias se crearon a partir del gobierno del general Juan Domingo Perón, quien expropió muchas hectáreas de campo a varios terratenientes de la provincia de Buenos Aires y se las vendió a los arrendatarios de dichas tierras con facilidades para pagarlas), cuya principal producción era la cría de cerdos. Enterado de las vicisitudes que estaba padeciendo mi abuelo, le ofreció venirse a trabajar con él, en una especie de sociedad de hecho, ya que sabía que era una persona honesta y con gran capacidad para el trabajo de campo.

Creyendo que su situación mejoraría, mi abuelo vendió sus animales y algunas herramientas de trabajo y se fue con su familia al campo de los Lladó. Allí vivió y trabajó durante catorce largos años, pero no como socio del dueño de campo, como pensara que sería, sino como peón. Un peón que ayudó a enriquecerse al patrón, a costa de su esfuerzo y su cada vez más creciente pobreza. Los hijos se iban sumando a un promedio de casi uno por año o año y medio, lo que lo obligó a trabajar por poco más que la comida para ellos. En ese ínterin fallecen, por distintas razones, dos hijos pequeños, uno a los cuatro años de edad, de escarlatina (epidemia que azotó la zona en el año 1932) y otro bebé de pocos meses.

También mi abuela trabajaba en las tareas rurales ayudándole y cocinando para los trabajadores que venían en tiempo de cosecha y que, por aquel entonces, eran numerosos, dado que no existían máquinas que reemplazaran el trabajo del hombre, como ocurre hoy día.

Cuando mi madre tenía ocho años (1938) la situación de la familia era muy difícil y entonces la madre de mi abuelo, quien para ese entonces había comprendido que también había sido injusta con mi abuela Rosa, fue a visitarla y le ofreció criar a mi madre que era la mayor con el objeto de ayudarlos, ya que mi abuelo persistía en su terquedad de no perdonar y no quería nada de su familia. Mi abuela, exenta de todo odio y maldad aceptó la propuesta y mi madre fue a vivir con su abuela paterna. Allí aprendió a rezar y a realizar las cosas de la casa. Mi abuelo nunca mencionó una palabra sobre la decisión de su esposa, pero siguió firme en su postura de no perdonar jamás a su madre. Cuando ella venía a la casa, él no volvía hasta que se hubiera ido.

En 1946, la familia Lladó se va del pueblo y le vende el campo a un familiar suyo que era vecino de chacra, Don Antonio Gelabert, otro inmigrante mallorquín y “chanchero”, como se les decía aquí a los que criaban cerdos a gran escala.

² Granja o alquería (N.E.).

Mi abuelo siguió trabajando con la familia Gelabert, realizando la misma tarea. Su inclinación hacia la bebida fue creciendo a la par de sus hijos, quienes, siendo aún niños, empezaron a trabajar en el campo por el mismo sueldo del padre. La única cosa buena para la familia fue la abundancia de alimentos que tenía, pero nada más. Los hijos no iban a la escuela, andaban mal vestidos y, la mayoría de las veces, descalzos.

Fallecida su abuela, quien mientras estuvo enferma fue cuidada por mi abuela Rosa, (¡vaya paradoja! ¡Rosa, la despreciada, era el alma buena y caritativa que la atendía en sus últimos días!), mi madre, que era la mayor, fue “colocada” en la casa de una acomodada familia del pueblo de Salliqueló, cercano a la localidad de Ingeniero Thompson, como empleada doméstica, apenas tenía diez años. A mi abuelo la muerte de su madre le produjo una profunda depresión, aunque siempre negó que le hubiera afectado. La madre murió llamándolo y pidiéndole perdón, pero él ni fue a verla ni la perdonó. El mataba sus penas en el alcohol.

En el año 1952, mi abuela Rosa tenía cuarenta y dos años y estaba nuevamente embarazada. El médico le había dicho a mi abuelo que ella no podía tener más hijos ya que su vida corría peligro. El veintidós de mayo de ese año dio a luz un bebé que apenas vivió minutos y mi abuela falleció, casi al mismo tiempo, infartada por el esfuerzo. Estaba sola en el hospital del pueblo de Tres Lomas (antes José María Blanco) mi madre que ya tenía veintidós años se encontraba trabajando a pocas cuadras de allí y mi abuelo, en el campo con los demás hijos. Una enfermera le contó luego a mi madre que sólo alcanzó a murmurar: *Adiós, hijos de mi alma...*

LA VIDA SIN ROSA

La muerte de mi abuela Rosa desorientó totalmente a mi abuelo. El alcohol lo convirtió en una piltrafa humana. Se sentía culpable y, a la vez, abandonado a su suerte. La hija más pequeña tenía tres añitos y no podía entender qué había pasado con su mamá. Entonces mi abuelo llamó a mi madre para que se hiciera cargo de la casa y de los hermanos más pequeños. Ella aceptó por sus hermanos, precisamente, porque en realidad nunca estuvo de acuerdo con la vida que él le había dado a su familia y, además, odiaba que tomara: *Sí, padre, yo voy a ir a casa, pero las cosas serán como yo diga. Recuerde que yo no soy mamá. Las cosas tienen que cambiar.* Entonces, María Dolores, su hija mayor tomó las riendas de la casa. Los chicos más chicos, empezaron a ir a la escuela y los más grandes iban a aprender con una maestra particular que vivía en una chacra vecina. Mamá criaba pollos a medias con el hijo del patrón y, con lo obtenido por su venta les compró ropa y alpargatas (zapatillas). También coci-

naba para los trabajadores que venían en tiempo de cosecha, pero a diferencia de su madre cobraba por hacerla.

El abuelo no podía entender que una hija suya enfrentara a los patrones y les cobrara por todo lo que tenía que hacer. Eso lo enfurecía y en varias ocasiones en que venía borracho del pueblo la enfrentaba, pero mi madre le respondía duramente, hasta se preparaba por si la agredía físicamente. Mi abuelo, cada vez, se deprimía más y más se entregaba a la bebida. Así pasó todo un año, después de la muerte de mi abuela Rosa y mi madre que ya estaba de novia con mi padre, (entonces en el servicio militar obligatorio), había decidido que así no podían seguir, por lo que pensó en dejar la casa paterna y llevarse a sus hermanos más pequeños y a sus hermanas mujeres, que ya eran señoritas.

Pero la vida tomó otra decisión antes de que mi madre hablara con su padre. En la madrugada del 3 de julio de 1953 mi abuelo se acuesta a dormir en una fonda del pueblo de Ingeniero Thompson, cercano a la chacra donde vivían, totalmente borracho. Nunca más se despertó. El médico de la localidad de José María Blanco certificó que había muerto de embolia cerebral. Todos dijeron que murió de tristeza. Cuenta mi madre que esa fría noche del 3 de julio de



Tomás Rodríguez y Rosa Feito Arias en el año 1950.

mil novecientos cincuenta y tres ella y sus hermanos estaban durmiendo en la chacra y en un momento escucharon ladrar los perros. ¡Ahí viene papá!, dijo uno de los chicos. Y ella les sugirió que se quedaran en silencio sin hacer ruido porque, dado la hora que era, seguro que venía “bebido”. Lo escucharon bajarse del sulky, escucharon el ruido de su bombacha al caminar y lo escucharon entrar en la cocina. Luego el silencio. *Bueno, viene bien*, (dijeron), *ya se fue a dormir*. Al poco rato, alguien les golpeaba la puerta, llamándolos para darles la mala noticia de su muerte. Mamá miró a sus hermanos, que no podían comprender cómo podía haber pasado eso si ellos lo habían escuchado llegar un rato antes y les dijo: *Lo que escuchamos, era el alma de papá que vino a despedirse de nosotros*.

LOS OJOS DE MI ABUELO

Dije al principio que no conocí a mi abuelo materno, pero siempre me dio mucha alegría saber que he heredado el color verde grisáceo de sus ojos y el movimiento constante de sus manos. Mi madre no deja de sorprenderse cada vez que, aún hoy con cincuenta y dos años cumplidos, cuando me siento a la mesa empiezo a cambiar constantemente los cubiertos de lugar. Dice que el abuelo hacía exactamente lo mismo que yo, no podía dejar sus manos quietas. Soy feliz pensando que tal vez esta inquietud que mueve mis dedos sobre el teclado de la computadora, escribiendo su historia, sea la misma que un día sintió mi abuelo y que, por distintas razones, no pudo expresar como él realmente sentía.

Mi abuelo: Tomás Rodríguez Martín

29

Acta número Veinte y nueve
 En San Martín de los Andes, provincia de Buenos Aires, a veinte y nueve de agosto de 1953
 de mil novecientos cincuenta y tres. Acta en San Martín de los Andes, provincia de Buenos Aires, al veinte y nueve de agosto de 1953
 Registro Civil, Don Manuel Francisco Rodríguez de
veinte y nueve años, estado soltero
 nacionalidad argentina domiciliado en la campaña
de este pueblo
 DECLARA: Que el día diez
 de agosto de 1953 falleció en San Martín de los Andes, provincia de Buenos Aires
 de veinte y nueve años, estado soltero
 nacionalidad argentina domiciliado en la campaña
de este pueblo
 según certificado médico del doctor Edno Abel Oliver
 que se archiva bajo el número 10 de esta acta;
 cuyo profesor y profesora argentina domiciliado
 en la campaña de este pueblo argentina
intercedió
 Al señor Manuel Francisco Rodríguez de
 y de Manuela Dolores Martín
 Testes: Don Manuel Galburt de veinte y nueve años,
 domiciliado en este pueblo argentina
 y Don Manuel Galburt de veinte y nueve años,
 domiciliado en este pueblo argentina
 quienes manifiestan haber visto el cadáver. Leída esta acta, la firman conmigo
 y los testigos nombrados.

Manuel Francisco Rodríguez
Manuela Dolores Martín
Juan de la Cruz



Acta de defunción de Tomás Rodríguez, 1953.